

TEXTOS Y DOCUMENTOS

La invención democrática: Capítulo 2: La lógica totalitaria

El fascismo italiano es el primero en haberse jactado de construir un Estado totalitario, *uno stato totalitario*. Es a él a quien se le debe la invención de una fórmula la cual, unos años más tarde, debió tener eco en Alemania, la del *Totale Staat*. La crítica al totalitarismo, se estaría tentado a pensar, vino a replicar a su apología. Pero, sin negar esta articulación dudo que ella sirva para aclararnos sobre la fortuna del concepto.

Entre las dos guerras, los socialistas y los liberales que denunciaron a los regímenes de Hitler y Mussolini colocaron su lucha bajo el signo del antifascismo. Qué parte le daba al tema totalitario, sólo nos lo mostraría una minuciosa investigación, pero, hasta donde tengo conocimiento, ella no fue importante. En cambio, se debe convenir que ese tema inspiró a ideólogos de derecha que asociaron en la misma reprobación fascismo, nacional-socialismo y bolchevismo. De manera significativa el *Petit Robert* ilustra su definición del vocablo francés «*Totalitario*» con una cita tomada de un libro de Jacques Bainville sobre Alemania en 1933. «De ahora en adelante, un sólo partido tiene derecho a la existencia en Alemania. No hace falta decir que es el partido nacional-socialista, así como el fascismo en Italia, el bolchevismo en Moscú. Es una nueva forma de sociedad política. El Estado-Dios no padece de disidencia, pues está representado por una minoría que posee todos los poderes, componiéndose el resto de la población de ciudadanos pasivos. La concepción totalitaria culmina en la depuración». Pensador nacionalista, conservador, Jacques Bainville fue uno de los fundadores de Acción francesa. Su juicio no está aislado, aunque sea cierto que una gran parte de la derecha haya alabado

* Artículo aparecido en *Kontinent Skandinavia*, Revista anti-totalitaria, 1980 ed. Dreyer Pag. 3 y 4 dirigida por Tore Stubberud. Traductor: Eduardo Vásquez

las maravillas del fascismo, antes de aliarse bajo la autoridad de Petain. Sin embargo, aún más instructivo me parece el impulso de la crítica al totalitarismo después de la última guerra mundial. Desde luego, en el curso de ésta, la propaganda de los aliados no se había privado de designar el proyecto totalitario de sus enemigos.

Pero sólo fue más tarde, en el momento en que se desencadenó el conflicto ideológico entre las potencias occidentales y la U.R.S.S., lo que se llamó la guerra fría, que la denuncia del totalitarismo tomó una nueva amplitud y movilizó una larga corriente de la opinión liberal. De ahora en adelante, el comunismo se veía definido como un sistema totalitario, el más elaborado, el más acabado, el que había resistido a la destrucción del fascismo y del nacional-socialismo, pero procedía de las mismas causas y perseguía fines análogos. De lo que se trata entonces, no fue de una mera transferencia al comunismo de los rasgos imputados al fascismo. A mi parecer, no hubo constitución de una nueva categoría política, no hubo tránsito del epíteto que especifica Estados enemigos al substantivo hecho para designar un nuevo tipo socio-histórico sino cuando el comunismo soviético pareció amenazar la existencia de las democracias. Si no es inútil preguntarse sobre las condiciones en las que se esbozó antaño, luego se expandió desde algunas décadas, la representación del totalitarismo, es porque ellas ilustran, por una parte, las resistencias de la opinión de izquierda.

El nuevo concepto fue considerado como un concepto de derecha, forjado al servicio de un propósito reaccionario. La lucha contra el totalitarismo apareció como una diversión cuya meta era hacer olvidar la realidad del imperialismo occidental y desarmar la crítica del sistema capitalista. Pero todavía hay que preguntarse por qué la izquierda no comunista, marxista, o marxizante, había dejado a conservadores o liberales la iniciativa de la formulación del problema totalitario; por qué análisis como los de Hannah Arendt tuvieron tan poca resonancia. En efecto, no podría olvidarse que el régimen soviético fue objeto desde los años treinta, y mucho más después de la guerra, de múltiples críticas de parte de individuos aislados o de pequeños grupos revolucionarios atentos a la formación de una capa burocrática, al desarrollo de las desigualdades sociales, al perfeccionamiento del sistema policial, a la extensión de los campos de concentración, al culto a Stalin.

Sin duda, lo más asombroso sigue siendo que testimonios, documentos, juicios, que ya hoy no parecen discutibles no hayan conmovido a la mayoría de la opinión de izquierda, que ésta pudo continuar dividiendo al mundo en dos campos; uno, profundamente malo, no obstante las ventajas que procuraba al movimiento socialista, el otro profundamente bueno, pese a los vicios del estalinismo. Sin embargo, también es sorprendente y más instructivo que, entre los mismos que denunciaban la mistificación del comunismo soviético, la mayoría se negaban a acercarse al estalinismo y fascismo y evitaban hablar de un Estado totalitario en la U.R.S.S. Acumulaban los elementos de una interpretación, pero eludían la exigencia de una nueva conceptualización. Respecto a esto, el caso de los trotskistas es ejemplar. Aunque fuesen poco numerosos, no cabe duda de que ejercieron una influencia considerable sobre los intelectuales de izquierda. Pero no variaron en su juicio: el fascismo, para ellos era y sigue siendo un medio que se había dado el Gran Capital, en condiciones históricas determinadas, para reformar su dominación sobre el proletariado, mientras que el estalinismo les parece y les sigue pareciendo siempre como el producto monstruoso de una situación en la cual el fracaso de la revolución mundial había disociado de la infraestructura socialista una superestructura burocrática, en la cual se había injertado sobre el Estado proletario una casta parasitaria.

Este caso bien merece retener la atención, pues el maestro del pensamiento, el guía cuyos argumentos todos tomaban prestado, había, por su parte, al final de su vida, dado los signos de una reapreciación del sistema soviético, como sistema totalitario. En las últimas líneas de su obra sobre Stalin la cual la muerte no le permitió concluir, Trotsky se atrevió a escribir: «*¡El Estado soy yo!*» Es casi una fórmula liberal en comparación con las realidades del régimen totalitario de Stalin. Luis XIV sólo se identificaba con el Estado. Los Papas de Roma se identificaban a la vez con la Iglesia y con el Estado; pero solamente durante las épocas del poder temporal. El Estado totalitario va mucho más allá del cesaro-papismo, pues abarca la economía entera del país. A diferencia del Rey Sol, Stalin puede decir con todo derecho: «*¡La sociedad soy yo!*».

Paradójicamente, es del lado del teórico de la revolución desfigurada, pero siempre viva, del Estado obrero degenerado pero siempre listo a restaurarse, que puede encontrarse un atisbo en dirección de un análisis del

totalitarismo. Mero atisbo de la que puede dudarse que fue continuada, si se recuerda el papel que jugó en la formación de la dictadura bolchevique. Pero se mantiene que en pocas palabras, hace oír mucho.

Al observar que el Estado abarca la economía, sugiere que la distinción entre lo político y lo económico se ha desvanecido, al imputar a Stalin la fórmula: ¡La sociedad soy yo! Deja entrever la especificidad del totalitarismo respecto del absolutismo y la fuerza de los mecanismos de identificación que hacen que, en lo sucesivo, nada se le escapa al poder. Sin embargo, todo ocurrió como si, para sus propios émulos, Trotsky nada había dicho.

Para encontrar el camino de una nueva reflexión sobre la naturaleza de la URSS, habría sido necesario que la izquierda consintiera en abandonar la visión de la realidad social que sostiene todos sus análisis, sean éstas de inspiración reformista o revolucionaria. Esa visión, recordémoslo, se formó en oposición a la del liberalismo, en un mundo trastornado por la expansión del capitalismo. El liberalismo había forjado la ficción de una sociedad que se ordenaba espontáneamente bajo el efecto de una libre concurrencia entre propietarios independientes y en la que el Estado se limitaba hacer respetar las reglas del juego y a proteger las personas y los bienes. Denunciando esta ficción, poniendo en evidencia la polarización, encontrando las condiciones en las relaciones de propiedad, haciendo recaer toda su crítica sobre la irracionalidad del sistema capitalista, el pensamiento socialista no se liberó de la problemática en la que se había desarrollado la teoría liberal. Demostró que la dinámica efectiva del mercado desmentía las leyes de la economía política clásica, que las crisis en nada eran accidentales, sino estructurales, que no había armonía entre el Capital y el Trabajo, sino una oposición radical entre aquellos que disponían de los medios de producción y los que se encontraban desprovistos de ellos. Sin embargo, haciendo esto en modo alguno se deshizo de la idea de que la realidad se ponía al descubierto al nivel de la economía. La ficción de una organización de la producción bajo la dirección de los trabajadores asociados, esto es, de hecho de sus representantes, vino a reemplazar a la de un mercado que pondría de acuerdo los intereses y satisfaría las necesidades por autorregulación. Así, a la denegación de la libertad del antagonismo de las clases en la realidad efectiva del capitalismo, respondió la ilusión de una abolición de esos antagonismos en un provenir más o menos próximo gracias a una

revolución o a la abolición progresiva de la propiedad privada. La represión de la cuestión de lo político fue llevada más lejos. Mientras que el liberalismo económico pretendía al menos combinarse con un liberalismo político, mientras que a veces inducía a este último a buscar en sí mismo sus propios fundamentos (los esfuerzos en Francia de Benjamín Constant, de Guizot o de Tocqueville dan fe de ello a comienzo del siglo XIX), los socialistas, por ardiente, que fuesen en defender la libertad, la igualdad y las justicias, se privaron de los medios de conocer los peligros que encierra un Estado que se convertiría en amo de la economía y se privaron de los medios de pensar hasta donde hunde sus raíces la democracia. Ciertamente esto no les impidió medir la amenaza que el fascismo hacía correr a sus instituciones. Se opusieron tanto más resueltamente a aquel que contradecía abiertamente a su ideal humanista y que se les apareció como un producto del capitalismo. Pero una cosa es movilizarse frente a un enemigo intolerable, porque exalta los valores del nacionalismo, y hasta los del racismo, porque practica abiertamente el culto de la fuerza y el del jefe, y es otra la de poder elevar a la reflexión los principios de su crítica. En cuanto veían la propiedad privada abolida, en cuanto que el antagonismo de clase ya no se dejaba descifrar en el marco conocido del capitalismo, su pensamiento se encontraba desarmado. Ciertamente, podían enjuiciar al Estado soviético cargado de vicios; pero, justamente no sabían sino destacar los vicios, para imputar su origen a los accidentes de la historia.

La izquierda carecía de una teoría del Estado o, más profundamente, de una concepción de la sociedad política. Y, al mismo tiempo, hecho poco notado ella se manifestaba impotente para interpretar los signos manifiestos de la explotación de los obreros y de los campesinos, los signos de la división de clase que se engendraba a partir de las nuevas relaciones de producción.

Por haber circunscrito la esfera de la realidad a los límites de la economía, ella perdía la vista ante la estructura del sistema de producción cuando se imprimía explícitamente en el sistema político.

¿Porqué, nos preguntamos, la izquierda tuvo repugnancia en emplear el concepto de totalitarismo? Respondíamos antes: porque fue inventado por la derecha. Sea. Pero sigamos preguntándonos, ¿Porqué no se le adelantó a sus adversarios? Ahora nos atreveríamos a decir: porque ese concepto es *Político* y que la izquierda no piensa en términos de política.

Esta proposición parece paradójica. Los socialistas son partidarios resueltos de la intervención del Estado en todos los dominios de la vida social para disminuir o suprimir las desigualdades que surgen en el marco de la sociedad civil, para atenuar los efectos de la apropiación de la riqueza por una minoría o la haga imposible. Es a ellos a quienes hay que atribuir, en el curso de los últimos cien años, todos los esfuerzos hechos para una repartición menos desigual del impuesto, todas las proposiciones o las medidas más eficaces para defender a los asalariados contra la arbitrariedad patronal, para asegurar la estabilidad del empleo, para mejorar las condiciones de trabajo y la seguridad. Es a ellos a quienes se debe las iniciativas más radicales a favor de la educación, de la higiene pública, del alojamiento y de los entretenimientos. En una palabra, la idea de progreso, si bien no nació con el movimiento socialista, si bien movilizó primeramente una corriente liberal, humanitarista, encontró en su seno la expresión más firme asociándola a la de la intervención del Estado. Independientemente del proyecto comunista que hace de una completa refundición del aparato del Estado la condición del cambio social, la noción de un combate político siempre ha estado en el corazón de la empresa de la izquierda socialista. No obstante, no debemos confundir la capacidad de actuar políticamente, en vista de la formación de un Estado reformador o revolucionario con la capacidad de concebir la sociedad como sociedad política.

Una concepción semejante exigiría una reflexión sobre la naturaleza de la división que se ha instituido entre la sociedad civil y el Estado, una reflexión sobre el alcance de la distinción históricamente advenida entre el poder político -cuyas fronteras se ven limitadas, cuya formación, ejercicio y renovación son sometidas a reglas democráticas- y el poder administrativo- cuyas competencias son igualmente precisadas y limitadas en derecho, pero siempre más extensas, de hecho, a causa de que se encarga de las necesidades de la población y de su control cada vez más regular y más detallado de la vida social. En cambio, mientras que uno se limite a definir al Estado como un simple órgano de la sociedad, que se diferencia de ella para ejercer funciones de interés general, sólo se puede escoger entre dos versiones. Según la primera, el Estado sólo se desvincula parcialmente de la sociedad, su poder es muy dependiente de la clase dominante, su única tarea consiste en asegurar las condiciones de funcionamiento de un sistema económico que obedece a su propia lógica, a la

vez que acredita la imagen de una identidad colectiva común y disfraza en interés general el interés particular de las capas que se benefician con el capitalismo. Según la segunda, el Estado, gracias al sostén de las clases populares, puede elevarse por encima de los particulares y, así, hacerse cada vez más consubstancial con la sociedad, dar figura verdaderamente a un interés general en el que son disueltos los intereses privados; aparece entonces como el gran órgano que decide sobre todos los movimientos del cuerpo social y simultáneamente no hace más que uno con él. Estas dos versiones, la del Estado burgués y la del Estado socialista no permiten discernir la naturaleza del poder político, la dinámica propia de la burocracia del Estado. En primer lugar, se desconoce el sentido de una mutación que está en el origen de la democracia moderna: la instauración de un poder de derecho limitado, de tal modo que fuera del espacio político (en el sentido estricto, convencional del término) se circunscriben espacios, económico, científico, estético, jurídico, cultural, donde cada uno obedece a sus propias normas. Acontecimiento cuyo alcance último es nada menos que la separación entre la sociedad civil y el Estado. Pero si es apreciado justamente se debería derrumbar la tesis que comanda la interpretación marxista y admitir que el Estado moderno, en vez de ser un producto del capitalismo, le creó las condiciones de su desarrollo al asegurarle la posibilidad de relaciones de producción y de intercambio relativamente autónomos. Sobre todo, se debería reconocer el carácter simbólico del poder en vez de reducirlo a la función de un órgano, de un instrumento, al servicio de fuerzas sociales que le preexistirían. A falta de una perspectiva semejante, no se ve que la delimitación de una esfera de lo político acompañada de un nuevo modo de legitimación, no sólo del poder, sino de las relaciones sociales como tales. La legitimidad del poder se funda sobre el pueblo; pero, a la imagen de la soberanía popular, se junta la de un lugar vacío, imposible de ocupar, de modo tal que aquellos que ejercen la autoridad pública no podrían pretender apropiárselo. La democracia alía estos dos principios aparentemente contradictorios: el uno, que el poder emana del pueblo; el otro, que no es el poder de nadie. Pero ella vive de esa contradicción. Por poco que ella corra el riesgo de ser zanjada, o lo sea, ya está lista para deshacerse o ya está destruida.

Si el lugar del poder aparece, no ya como *simbólicamente* vacío, sino como realmente vacío, entonces aquellos que lo ejercen ya no son percibidos como individuos cualesquiera, como componentes de una facción al servicio de intereses privados, y, al mismo tiempo, la legitimidad se hunde en toda la extensión de lo social; la privatización de los agrupamientos, de los individuos de cada sector de actividad aumenta. Al límite ya no hay sociedad *civil*. Pero si la imagen del pueblo se actualiza, si un partido pretende identificarse con él y apoderarse del poder cubriéndose con esta identificación, esta vez es la distinción misma Estado-sociedad, el principio de la diferencia de las normas que rigen los diversos tipos de relaciones entre los hombres, pero también de los modos de vida, de creencias, de opiniones que se encuentran negado y, más profundamente, es el principio mismo de una distinción entre lo que corresponde al orden del poder, del orden de la ley, y del orden del conocimiento.

Se produce entonces una especie de cabalgamiento en la política de lo económico, de lo jurídico y de lo cultural. Fenómeno que, justamente, es característico del totalitarismo.

La misma necesidad hace que la izquierda socialista desconozca la dinámica de la burocracia de Estado. Esta permanece invisible mientras que el Estado parece surgir de la sociedad, como el órgano en el cual se condensan la voluntad y la fuerza de las capas dominantes o la voluntad y la fuerza del pueblo. Sin embargo, la historia enseña que el Estado moderno, en tanto que centro de decisión, de reglamentación, de control, tiende cada vez más a someter a sí mismo el detalle de la vida social. Pero el sentido de ese proceso es ignorado cuando es imputado a la perversidad de los hombres que pueblan esa burocracia.

En una sociedad cuya homogeneidad aumenta, por el hecho de la disolución de las antiguas jerarquías «naturales», que cada vez más está en lucha con el problema de su organización, que ya no puede acudir a un garante trascendente del orden, que ya no encuentra en el lenguaje de la religión una justificación de sus desigualdades, el Estado sólo se le aparece a todos y se representa a sí mismo como el principio instituyente, como el gran actor que posee los medios de la transformación social y del conocimiento de todas las cosas. Es el advenimiento de ese «punto de vista del Estado», de un Estado

virtualmente en el centro del poder y de la ciencia, que hace posible la formidable expansión de las burocracias, cuyos miembros pueden cultivar su propio interés, obtener cada uno para sí el máximo poder y ventajas, argumentando su soberana distancia respecto de los administrados. Pero, ciega ante esa evolución y su causa, ganados por la idea de una buena estatización, la izquierda socialista ignora que esa evolución trabaja, bajo la apariencia de nobles motivos, hacia una separación que se incrementa cada vez más entre el poder administrativo, reglamentario, policial, y la sociedad de la que se encarga, que ella precipita el proceso de formación de una capa de burócratas que, no obstante sus diferencias y sus conflictos internos, se desvinculan del resto de la población. Por ese hecho, el fenómeno se le escapa de nuevo, pues ese fenómeno está esencialmente vinculado a la idea de un Estado que sería omnipresente gracias a su red burocrática.

¿Hace falta insistir?, en manera alguna insinuamos que el movimiento socialista porta los gérmenes del totalitarismo ¿Cómo lo diríamos?. Es demasiado claro que ese último implica su destrucción. Sólo tratamos de comprender porqué ese movimiento, no obstante su vinculación de hecho con las instituciones democráticas, con las libertades públicas, con los derechos del hombre, se mantiene incapaz de concebir la naturaleza del nuevo sistema social, cuyo modelo creó la U.R.S.S.

Por qué no cesó de mantener una relación turbia con el movimiento comunista en Francia, en Italia, en España, principalmente, y por qué, allí donde está en conflicto abierto con él, su análisis teórico se queda corto. Por qué, por ejemplo, para aludir a un acontecimiento reciente, que se desvanece pero aun no está olvidado, basta que se respondiera una fraseología nueva sobre el eurocomunismo para que dirigentes y militantes fundaran esperanzas en Berlinguer, Carrillo y Marchais, como si sus organizaciones hubiesen cambiado de carácter. ¿Se responderá que, en varios países, los comunistas gozan de una fuerte implantación en la clase obrera y, más ampliamente, en las capas salariales, que llevan combates (otra cosa es saber como y para qué fines), cuyos objetivos inmediatos coinciden con los de los socialistas?

No estamos en desacuerdo con este hecho, pero en nada explica ese desmayo en la crítica del totalitarismo. Sería extravagante suponer que esta crítica permanece sin formular por mera cuestión de táctica. La verdad es

más simplemente que ella requeriría de una nueva conceptualización que conmoviera los fundamentos del pensamiento socialista, una conceptualización política.

Ya que varias veces hemos usado el término político, sin definirlo, ya es tiempo de precisar su sentido. Señalábamos que la izquierda no piensa en términos políticos, porque desconocía la naturaleza simbólica del poder en la sociedad democrática y la del Estado moderno. Sin embargo, enseguida sugeríamos que ese desconocimiento recaía al mismo tiempo sobre la estructura de la sociedad, a la vez sobre la división del Estado y del conjunto social, sobre la división interna y sobre la relación que entretiene una cierta articulación del poder, de la ley y del conocimiento con el ordenamiento de las relaciones sociales (comenzando por los que se anudan en el cuadro de la producción). Así, planteamos un punto de referencia. Según lo vemos, el fenómeno del poder está en el centro del análisis político, pero no es porque haya una autonomía de la relación de poder, (reducida ésta a su más simple expresión de dominación de un hombre o de un grupo sobre una colectividad, nada nos enseña); es porque la existencia de un poder susceptible de obtener la obediencia o la fidelidad generalizadas implica un cierto tipo de divisiones y de articulaciones sociales, a la vez que un cierto tipo de representaciones, por una parte explícitas y, para una parte más extensa, implícitas, concernientes a la legitimidad del orden social. No nos satisfacemos con decir que no hay poder que no requiera procedimientos de legitimación, pues sería forjar la ficción de un poder desnudo que tendría que producir imágenes o ideas capaces de vestirlo y hacerlo reconocer como necesario y deseable. Ese trabajo de legitimación se lleva a cabo, es efectuado por los que detentan el poder, por los agentes religiosos o los legistas a su servicio. Pero, antes de apreciarlo, hay que descifrar las condiciones que lo han hecho posible, preguntarse, en cada caso dado, cual cambio en los principios de legitimidad, cual reelaboración en el sistema de creencias, en el modo de aprehensión de la realidad permitieron que una nueva figura de poder se perfilara y decimos «figura» para hacer entender que es propio de la esencia del poder hacerse ver y hacer visible un modelo de organización social.

En ese sentido, nada es más instructivo que examinar la formación del Estado totalitario en la U.R.S.S., es sumamente necesario poner en evidencia los acontecimientos políticos (tomando la palabra en su acepción restringida) que dan cuenta de ello. Como cada uno sabe, en efecto, pero como lo olvida frecuentemente, el derrumbe de la economía no se efectuó sino a partir de los años 29-30; fue precedido por el establecimiento de un nuevo sistema de denominación, esbozado desde los días posteriores a la Revolución, en los tiempos de Lenin. Sin embargo, no basta poner en relieve los signos de la conquista del poder y de su apropiación por el partido bolchevique, ni aun los de una burocratización en las múltiples instituciones nacidas de la Revolución, cuyo efecto fue cristalizar alrededor del partido una capa de cuadros indispensables para la transformación del Estado. No cabe duda, de que la estrategia del partido retiene con todo derecho la atención: elimina todas las formaciones políticas rivales, luego subordina, cuando no las suprime, a todas las organizaciones revolucionarias -Soviets, comités de fábrica, comités de barrios, comités de soldados, milicias de soldados, joven guardia roja-hasta concentrar en sus manos, o mejor, entre las manos de su dirección, todos los medios de decisión y de coerción. No cabe duda de que es importante tener punto de referencia en el contexto de desorden y de penuria post-revolucionaria, una especie de selección espontánea, en el seno de la población, de dirigentes que, al consolidar su función, y no obteniendo ventajas materiales crean nuevas solidaridades, de una institución a otra, y se vinculan al polo de autoridad más firme. Así, Marc Ferro¹ ha analizado magistralmente el proceso de burocratización por abajo que viene a doblar el de una burocratización por arriba y favorece la constitución de un nuevo aparato de Estado dictatorial 1. Sin embargo, estos fenómenos, por importante que sean, están lejos de dar el sentido de la situación. De hecho, el partido bolchevique, como observa todavía Marc Ferro, no era el único que aliaba maniobra con demagogia, que manipulaba las asambleas y excluía a sus adversarios de las posiciones claves, como no era el único en poder ganar a su causa elementos que buscaban hacer

¹ Marc Ferro, *La Revolución de 1917, de los Soviets a la burocracia*, Aubier-Montaigne 1976, colección «Archives», Gallimard-Julliard, 1980.

carrera en una sociedad liberada de la anarquía. Lo que tenemos que comprender es que su fuerza de atracción no se mide por su fuerza real. Lo que lo distingue y explica su éxito es la capacidad que tiene de identificarse con la Revolución, como movimiento irreversible, como poder de ruptura radical con el pasado y de fundación radical de un nuevo mundo, la capacidad que tiene de condensar la reivindicación de una transformación social con la de un saber absoluto sobre la historia y la sociedad; la capacidad que tiene, por último, de concebirse y aparecer como el depositario de la legitimidad y de la verdad socialista. Estos rasgos, rigurosamente vinculados, le dan una figura singular y dan cuenta de su dominio sobre elementos que no tienen ni formación política, ni cultura, y sobre una *intelligentzia* sin experiencia de los problemas de organización y de los problemas políticos. El partido encarna el polo del saber y de la acción, atrae así a los que nada tienen que ver con la teoría, porque él es la teoría, y los que nada tienen que ver con la práctica porque él es la práctica.

De hombres toscos e incultos, hace los depositarios de la gran teoría; de intelectuales (los que no quiebra), hace militantes, organizadores, depositarios de la praxis revolucionaria. Y cuando deja todavía espacio para debates internos y que navega a través de compromisos con tal grupo contra tal otro; en pocas palabras, cuando todavía no es ni partido monolítico, ni partido único, conjuga potencialmente ambas naturalezas porque él configura el partido-Uno, no un partido entre otros (que sólo sería más firme y más audaz), sino ese partido que tiene por vocación actuar bajo el efecto de una sola voluntad y no dejar nada fuera de su órbita, es decir confundirse con el Estado y la sociedad.

Dicho brevemente, el análisis político se quedaría corto si se detuviera en la observación de la conquista del poder, de las modalidades de su ejercicio, del establecimiento de una jerarquía de burócratas capaz de sostenerlo y de difundir sus normas y sus consignas. Ello obliga a preguntar por la mutación que se produjo con el advenimiento de un nuevo tipo de partido. Este es de orden simbólico. No se podría anotarla en el registro de los acontecimientos; da fe de un nuevo sistema de representaciones que determina el curso mismo de los acontecimientos.

Este sistema, es cierto, no hace más que esbozarse en el tiempo de Lenin. Para concebir su lógica, hay que considerar el período en el cual el

nuevo poder se estabilizó, la nueva burocracia se constituyó plenamente, los fundamentos materiales del régimen fueron puestos gracias a la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, la colectivización y la instalación de los instrumentos de intervención del Estado, es decir, de la planificación.

¿Por qué entonces tenemos fundamentos para hablar de totalitarismo? No porque la dictadura haya alcanzado su mayor fuerza, porque está en capacidad de ejercer su coacción sobre todas las categorías de la población y promulgar consignas que valen como normas en todos los dominios de la vida social. Desde luego, ocurre así. Pero detenerse en los rasgos de la dictadura, es permanecer al nivel de la descripción empírica. Se impone el modelo de una sociedad que se instauraría sin divisiones, dispondría de la dominación de su organización, se referiría a sí misma en todas sus partes, estaría habitada por el mismo proyecto de edificación del socialismo.

Apenas es posible distinguir la causa del efecto en el encadenamiento de las relaciones que tienden a borrar las huellas de la división social. En primer lugar, el poder se afirma como *el poder social*, configura en cierto modo la sociedad misma en tanto que poder consciente y actuante: entre el Estado y la sociedad civil la línea de separación se hace invisible, y, al mismo tiempo, también se hace invisible la que separa el poder político del poder administrativo: el aparato del Estado pierde toda independencia respecto del partido comunista y de su dirección. Paradójicamente, como lo ha demostrado muy bien Hannah Arendt, las diversas burocracias estatales pierden las fronteras que hacen de cada una de ellas, en la sociedad moderna, un universo distinto, cuyas prerrogativas y atribuciones son fijadas, así como sus miembros dejan de articularse en el seno de jerarquías regularmente constituidas. El poder político circula a través de sus agentes —los funcionarios del partido y de la policía secreta en todas las esferas de la burocracia, tendiendo a destruir las relaciones particulares, fundadas en la división del trabajo y las solidaridades de clan, para no dejar subsistir más que una relación general entre el órgano dirigente (y el dirigente supremo) y sus ejecuciones, los cuales, en tanto que individuos disponen de un status y de una existencia sin garantía. Simultáneamente, en la cima del partido y del Estado, el poder se confunde con la posición de aquel o de aquellas que poseen la autoridad. Esta confusión

no es accidental, no es efecto del comportamiento del gobernante o de los gobernantes. La misma necesidad hace que el Estado se sude con la sociedad, el poder político con el aparato del Estado y los jefes con ambos. En otros términos, mediante un derrumbamiento de la lógica democrática, el poder cesa de designar un lugar vacío, se ve materializado en un órgano (o, al límite, en un individuo) al cual se supone capaz de concentrar en él todas las fuerzas de la sociedad.

En segundo lugar, se niega el principio de una división interna de la sociedad. Todos los signos de ésta, que en modo alguno ha desaparecido, son referidos a la existencia de capas sociales, (*Koulaks*, burgués) que proviene del Antiguo Régimen o a la de elementos acusados de trabajar por cuenta del imperialismo extranjero, se supone que la nueva sociedad es capaz de hacer imposible la formación de clases o de agrupamientos cuyos intereses serían antagónicos. Sin embargo, la afirmación de la sociedad requiere no menos imperativamente de la denegación de la diferencia de las normas en función de las cuales se define cada modo de actividad y cada institución en la que se ejerce. Al límite, la empresa de producción, la administración, la escuela, el hospital o la institución judicial, aparecen como organizaciones especiales subordinadas a los fines de la gran organización social. Al límite, el trabajo del ingeniero, del funcionario, del pedagogo, del jurista, del médico, se escapa de su responsabilidad y se ve sometida a la autoridad política. Por último, lo que se recusa es la noción misma de una heterogeneidad social, la noción de una variedad de modos de vida, de comportamiento, de creencia, de opinión, en la medida en que contradice radicalmente la imagen de una sociedad puesta de acuerdo consigo misma. Y allí, donde se señala el elemento más secreto, el más espontáneo, el más inaprehensible de la vida social, en las costumbres, en los gustos, en las ideas, el proyecto de dominio, de normalización, de uniformación, va más lejos.

Pero consideremos estos dos momentos de la empresa totalitaria, de hecho, inseparables; la anulación de los signos de la división del Estado y de la sociedad y la de la división social misma. Implican una desdiferenciación de las instancias que rigen la constitución de una sociedad política. Ya no hay criterios últimos de la ley, ni criterios últimos del conocimiento que sean sustraídos al poder. Esta observación permite mejor ubicar la singularidad del

totalitarismo. Pues sin siquiera hablar de la monarquía absolutista europea, la cual es manifiesto que siempre comportó una limitación del poder del príncipe, limitación vinculada al reconocimiento de los derechos adquiridos por la nobleza o por las ciudades, pero más fundamentalmente comandada por la imagen de una justicia de origen divino, nunca el despotismo (ese famoso despotismo oriental en el que suele encontrarse una prefiguración del régimen estalinista) no apareció como un poder que sacaría de sí mismo el principio de la ley y el principio del conocimiento. Para que semejante acontecimiento se produzca, tiene que ser abolida toda referencia a poderes sobrenaturales o a un orden del mundo y que el poder haya logrado disfrazarse en poder puramente social.

El totalitarismo supone la concepción de una sociedad que se basta a sí misma, y ya que la sociedad se significa en el poder, la de un poder que se basta a sí mismo. Dicho brevemente, cuando la acción y la ciencia del dirigente no se miden más que con el criterio de la *organización*, cuando la cohesión o la integridad del cuerpo social se revela como dependiendo exclusivamente de la acción y de la ciencia del dirigente, es que salimos de los cuadros tradicionales del absolutismo, del despotismo o de la tiranía. El proceso de identificación entre el poder y la sociedad, el proceso de homogeneización del espacio social, el proceso de clausura tanto de la sociedad como del poder, se encadenan para constituir el sistema totalitario. Con éste se restablece la representación de un orden «natural», pero ese orden se supone como social-racional y no tolera ni divisiones ni jerarquías aparentes.

En el fundamento de un sistema semejante debemos ubicar ciertas representaciones claves que componen su matriz ideológica. En un sentido, ellas no son nuevas, derivan de una experiencia del mundo que inauguró la democracia moderna, pero dejan de ser latentes, se ven cargadas de un poder de afirmación del ser de lo social que les procura una eficacia muy nueva, exponiéndolas así a un destino nuevo.

En efecto, es notable el desdoblamiento de cada una de ellas bajo el efecto de su actualización. Lo que aparece en primer lugar es la imagen del pueblo—Uno. Poco importa que durante un período el pueblo se confunda con el proletariado: éste es entonces concebido místicamente como la clase universal en la que se reabsorben todos los elementos que trabajan para la

reedificación del socialismo; él ya no es más, hablando estrictamente una clase en el interior de una sociedad estratificada, él es el pueblo en su esencia y sobre todo incluye a la burocracia. Pero esta imagen se combina con la del poder-Uno, poder concentrado en los límites del órgano dirigente y, finalmente, en un individuo que encarna la unidad y la voluntad populares.

Hay allí dos versiones del mismo fantasma. Pues el pueblo-Uno no puede ser configurado y enunciado a la vez, sino por un gran Otro, en el primer período, no puede serlo sino por ese gran individuo al que Soljenitsyne llamó tan acertadamente el *Egocrata*. Pero, por otra parte, la misma imagen se combina con la del elemento extraño al pueblo, con la de su enemigo. La definición del enemigo es constitutiva de la identidad del pueblo. Y, desde ese punto de vista la metáfora del *cuerpo*, en vigor desde el mismo tiempo de Lenin, retiene la atención. La campaña contra los enemigos del pueblo se ve colocada bajo el signo de la profilaxia social: la integridad del cuerpo depende de la eliminación de sus parásitos.

No menos determinante nos parece la representación de la organización. En efecto, no nos limitemos a observar que proliferan organizaciones en toda la extensión de lo social. La novedad es que la sociedad es percibida en su conjunto como una vasta organización que comprende una red de microorganizaciones. Pero esta representación se desdobra a su vez. Mientras se impone la imagen de esa organización general en la que están inscritos los individuos, en la que encuentran predeterminado su estatus y su función, mientras que prevalece la noción de una racionalidad inmanente a lo social, simultáneamente la sociedad pone a descubierto una materia amorfa a la que hay que organizar, algo organizable, algo que se ofrece a la intervención incesante del ingeniero, del constructor comunista. En este sentido, la estructura de cada organización particular, el lugar y la función de cada uno de sus agentes nunca son establecidos ni seguros. Por último, así como la integridad del pueblo, la integridad del cuerpo, dependen de una lucha constante contra los elementos extraños o los parásitos, la virtud de la organización supone la idea de una desorganización, de un caos siempre amenazante y la de perturbadores, de saboteadores de las leyes del socialismo. Si examinamos más atentamente esas dos representaciones, medimos la contradicción que se aloja en el militante o el dirigente de la sociedad totalitaria. Por una parte, se confunde con el pueblo,

el proletariado, el partido, él se le incorpora, se encuentra disuelto en tanto que individuo en el «Nosotros» comunista, o bien él es una pieza o una correa de transmisión en la Organización, en la Máquina y, por otra parte, ocupa la posición del Amo, del que ve y nombra todo, o bien la del organizador, del activista, del movilizador de las masas.

Hay que distinguir todavía dos representaciones más, que, por cercanas que estén de las precedentes, no son menos distintas. Una, es la de la creación social-histórica; la otra, es la transparencia de la sociedad para sí misma. La primera se despliega sobre el mito de una materia social que se ofrece al poder del organizador, pero tiene raíces más profundas, pues, aun antes que el modelo de la racionalización burocrática (industrial) se hubiera formado, desde la época de la Revolución Francesa, se había visto nacer la idea de una sociedad totalmente nueva, de un hombre nuevo, como si fuera necesario construir desde cero. Ahora se afirma la fe en una edificación permanente del socialismo, la visión de un «porvenir radiante» que justifica todas las acciones presentes y, principalmente, los sacrificios impuestos a las generaciones del tiempo de la transición. Tampoco se nos debe escapar el contrapunto de esta idealización. La idea de la creación, debería decirse de una autocreación de la sociedad, va acompañada de un poderoso rechazo de toda innovación que pudiera trasgredir los límites de un porvenir ya sabido, de una realidad en principio ya dominada. En este sentido, la imagen de una historia que se hace en todo momento se revela absolutamente contradicha por la de una historia fijada. Lo desconocido, lo imprevisible, lo indeterminable, son las figuras del enemigo.

La última representación surge aún del fondo de la democracia moderna, pero más notable es su transformación en el contexto del totalitarismo. En cuanto el Estado tiende a confundirse con la sociedad, ya no hay solamente presunción de un punto de vista de racionalidad sobre el conjunto de las actividades, ese punto de vista se convierte en el del poder que, por la mediación de sus agentes políticos, policiales, planificadores, posee el conocimiento completo del detalle de la realidad social. Y, simultáneamente, ese conocimiento quiere ser el de la sociedad sobre sí misma. Así se desarrolla una intensa actividad destinada a hacer manifiestos los objetivos y los resultados de la empresa socialista. Lo que mejor da fe de esto es la fantasmagoría del Plan. Todo

ocurre como si el poder tuviese la capacidad de exhibir la labor social común, o como si, por su mediación, la sociedad se exhibiera ante sí misma. Sin embargo, el objetivo de la transparencia se revela contradictorio con el de la opacidad. Pues el «todo» no sufre dejarse desplegar a través de las articulaciones cada una de las cuales conocería su función. El «todo» debe permanecer fuera de sus articulaciones y, por consiguiente, un secreto. Al evocar los bellos análisis de Hannah Arendt destacábamos la inseguridad, tenemos que decir ahora la incertidumbre, que se vincula a la posición del militante, del burócrata en la administración, del ingeniero o del director en la industria: una incertidumbre radical para cada uno, cualquiera que sea su rango, sobre las razones de las decisiones tomadas por la cima y sobre los límites de la autoridad de que dispone. Pero este fenómeno no es solamente el índice de un poder tiránico, es tanto más terrible cuanto que nadie conoce ni puede prever sus propósitos. La verdad es que una sociedad que asegurara a la acción social sería aquella en que hubiese en cada dominio el conocimiento vivo de la realidad, conocimiento de lo posible y de lo imposible, tomar en cuenta las resistencias de los hombres y de las cosas y, por consiguiente, una aprehensión de las condiciones singulares de los diversos modos de relación y de trabajo. Una sociedad semejante sería por principios rebelde a la empresa totalitaria. Esta no puede desarrollarse sino encarnizándose en destruir toda garantía de competencia, en el espacio mismo de la burocracia, mezclando el ovillo de las responsabilidades, manteniendo en las tinieblas el hogar del poder omnisciente. Es así como el ideal del secreto se revela como el gemelo del conocimiento (y habría que añadir, que el ideal de la policía secreta se convierte en el gemelo de una exhibición de lo que ocurre).

Para apreciar la eficacia del sistema de representación que acaba de ser esbozado, habría que abandonar el nivel de abstracción en el que nos hemos colocado y tomar en consideración todos los puntos de retransmisión que le permiten inscribirse en la vida social. El primero de ellos es, con toda evidencia, el Partido.

Después de haber sido el molde de la empresa totalitaria, se convierte, una vez establecido el régimen, en el agente privilegiado del proceso de identificación entre el poder y el pueblo y del proceso de homogeneización del campo social. Pero, esas funciones, no las llena más que combinándose

con innumerables organismos de masa. Así, mientras que, por una parte, penetra por doquiera en el edificio del Estado, hasta dislocar sus articulaciones convencionales y utilizarlo como una mera fachada del poder político; por otra parte, hace surgir por decenas, micro-cuerpos cuya naturaleza consiste en parecer distinto de la suya, de modo que simule la especificidad y la autonomía de relaciones puramente sociales, es decir, no políticas, pero que les son consubstanciales. Sindicatos de todo género, agrupamientos de ayuda mutua, agrupamientos culturales de trabajadores de diversas categorías, organizaciones de jóvenes, de niños, de mujeres, academias, toda una red de «colectivos» son puestos a funcionar en la que circulan las normas comunistas. En cada uno de sus colectivos se reelabora la imagen de una identidad social común y de una dirección que es su depositaria, la imagen de la buena organización y del activista organizador; en cada uno se reanuda el mecanismo de la eliminación de los parásitos, de los sabotadores, de los desviacionistas; en cada uno se conjugan el imperativo de la innovación y el del más estricto conservadurismo; en cada uno, el de la exhibición de los objetivos y de los resultados y el de un ocultamiento de los centros de decisión. Y, por esto, toda relación social, todo intercambio, toda comunicación, toda reacción que pusieran en evidencia iniciativas particulares, imprevistas, desconocidas, situadas fuera del espacio doméstico del colectivo, se convierte en un blanco. Al trabajo de incorporación de los *individuos* en los agrupamientos legítimos corresponde el trabajo de descomposición de las relaciones libremente establecidas; al trabajo de una socialización artificial, la destrucción de las formas de sociabilidad natural.

Quien no preste atención al inmenso dispositivo edificado para disolver por doquiera donde puede afirmarse el sujeto en un nosotros, para aglomerar, fundir, ese nosotros en un gran «nosotros» comunistas, para producir el pueblo-Uno, se privaría de conocer como se ejerce la lógica totalitaria. Bien podría denunciar la desmesura de un poder dictatorial, la expansión de la burocracia, la proliferación de los aparatos que reducen a la función de puros ejecutores a aquellos a los que les corresponde participar en la vida de las instituciones, no vería aún que dictadura, burocracia, aparatos, necesitan de un nuevo sistema de cuerpos.

Pero quizás tocamos aquí la causa más profunda de la ceguera de la izquierda ante la variante comunista del totalitarismo. En tanto que no tiene

más que asco para todas las formas de organización creadas por el fascismo, en las que reconoce un propósito de formar brigadas y de mistificación, porque el culto del jefe y de la disciplina se práctica allí abiertamente, ella se queda estúpida ante el proceso de asociación, de movilización, de animación de masa, porque se desarrolla bajo el signo aparente de la *democracia* real. Como el ideal de la democracia real es el suyo, ella se limita a deplorar que ella sea desnaturalizada en los hechos por la acción de manipuladores.

Curiosamente, ella se reapropia de la acusación de parasitismo o de sabotaje para aplicarlas a los burócratas sin preguntarse nunca si la idea del buen «colectivo» puede extraerse del sistema de representaciones totalitarias. Paralizados por la justa crítica del individualismo burgués, por el enclaustramiento de los *roles* y de las actividades que engendra el capitalismo, ella no sabe agregarle la crítica inversa: desmontar la ficción de la unidad, de la identidad, de la substancia de lo social y mostrar que ella termina en el aislamiento de los individuos llevados a su más alto grado, a la disolución del sujeto, a la destrucción rabiosa de la sociabilidad humana. Y tal es su impotencia, que se le ve desarmada cuando los comunistas de la nueva ola, principalmente los italianos proclaman los méritos de la «democracia de masa», como si ese concepto no fuera el mejor para encubrir la invasión de todos los sectores de la cultura-antes que los de la economía-por grupos poseídos por su cohesión, entregados al conformismo, cimentados por el odio a los desviacionistas.

Intentar discernir las grandes líneas de la empresa totalitaria es una cosa. Otra sería preguntarse lo que sucede con sus efectos en la realidad. Habría que observar el desorden detrás del orden, la corrupción por detrás de la imaginiería del cuerpo sano; la lucha por la sobrevivencia o por los puestos mientras se espera el «porvenir radiante», la virulencia de los antagonismos burocráticos bajo la férula del poder. Esta tarea, no la hemos emprendido. Al menos no dejemos que el lector dude de nuestro pensamiento: el sistema totalitario no alcanza sus fines. Más que cualquier otro tropieza con el desmentido de la experiencia. Pero aún importa apreciar su coherencia fantasmagórica.